

TRIBUNA ABIERTA

CLARET, CATALÁN UNIVERSAL

POR CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS

«Misionó durante su juventud su Cataluña natal, más tarde Canarias, después Cuba como arzobispo y, finalmente, España entera acompañando a la Reina Isabel II»

CADA octubre la Iglesia celebra la fiesta de san Antonio María Claret (1807-1870), catalán de cuna y universal de espíritu. Recordar su figura es honrar su memoria y comprometerse con su legado. Se trata, en síntesis, de la biografía de una persona que transita al turbulento paso del siglo XIX de nuestra historia patria y que a nadie con quien se encontró dejó indiferente: «Calumniado y admirado, festejado y perseguido», afirmó de él Pío XII.

Escritor prolífico y predicador incansable, pudo misionar durante su juventud toda su Cataluña natal, más tarde Canarias, después Cuba como arzobispo y, finalmente, España entera acompañando a la Reina Isabel II. Fundó editoriales y academias, cajas de ahorros y bibliotecas populares, talleres en las cárceles y escuelas en las zonas rurales. Y no podemos olvidar su acción decisiva como presidente de El Escorial, después de la desamortización, donde hubo de emplearse a fondo en las labores ingentes de conservación y restauración para recuperar la maravilla artística, religiosa y cultural soñada por Felipe II.

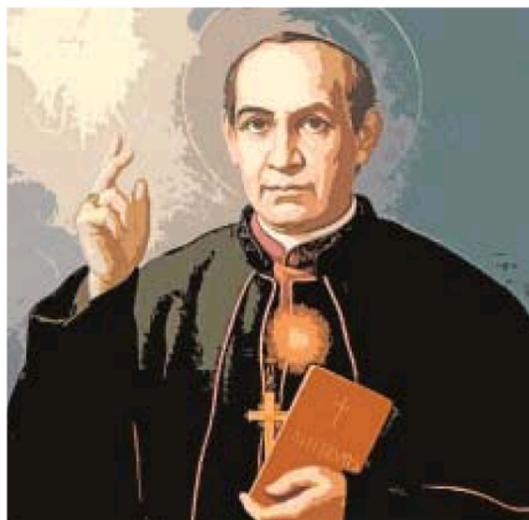
En marzo de 1857 recibió en Cuba una misiva ordenándole, sin más explicaciones, su presencia inmediata en Madrid. La Reina, conocedora de su integridad y santidad, le pidió en persona que asumiera la encomienda de confesor real. El sorprendido arzobispo aceptó la delicada misión planteando tres condiciones: no vivir en palacio ni ocuparse de política; quedar completamente libre para sus ministerios, una vez cumplidos sus deberes con la familia real; y nunca tener que guardar antesala. Isabel II accedió y el P. Claret salía así al paso de verse envuelto en las intrigas de las camarillas palaciegas. No lo conseguiría. Desde los primeros momentos algunos quisieron impedir su entrada, pretextando que era «personaje desconocido», pero su majestad zanjó la cuestión: «El confesor y el médico han de ser a gusto del penitente y del paciente». En el desempeño de su cargo, también actuó como preceptor espiritual de las infantas, así como profesor y director espiritual en los primeros años del Príncipe de Asturias, el futuro Alfonso XII.

La presencia del P. Claret en la corte fue elemento estabilizador que ayudó a serenar la espinosa situación conyugal del matrimonio regio. Salvado éste y asegurados sus compromisos con la familia real, se lanzó a todo género de ministerios por la villa y corte, tratando siempre de ampliar horizontes. Para contrarrestar los duros ataques que los partidos progresistas asestaban a la monarquía, el Gobierno de O'Donnell organizó una serie de viajes reales por todas las regiones de España para agrado del espíritu apostólico del P. Claret. Pero, al mismo tiempo, tuvo que soportar una de las campañas más feroces de calumnia y difamación, una verdadera leyenda negra urdida por los partidos y

sectores anticlericales. Esta situación fue para él mucho más punzante que los más de diez atentados acreditados en forma de envenenamiento o agresión que sufrió durante su vida.

Su fidelidad a la Reina llegará hasta el 30 de septiembre de 1868 en que emprendió el camino del exilio acompañando hacia la frontera gala a aquella Reina de los Tristes Destinos. El final de sus días transcurrió entre Francia e Italia. Su paso por el Concilio Vaticano I en el verano de 1870 vino marcado por una emocionante alocución en defensa de la infalibilidad pontificia, ofreciendo su vida por preservar aquella verdad. Interrumpido abruptamente el Concilio, Claret se trasladó al sur de Francia. La persecución, que le acompañará aún después de muerto, no había terminado. Refugiado en el monasterio cisterciense de Fontfroide, el 24 de octubre entrega su alma en la paz del Señor. En una sobria lápida se esculpieron estas palabras de Gregorio VII: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso, muero en el destierro».

Su herencia espiritual y su legado eclesial trascendieron todas las fronteras y están presentes en los cinco continentes bajo una obra dilatada de evangelización y compromiso solidario en sinto-



Antonio María Claret

nía con la «Iglesia en salida» querida por el Papa Francisco. Con ella mantiene la fidelidad a su seña original claretiana: «Mi espíritu es para todo el mundo».

Claret fue aquel tronco de alma grande y mirada alta del que salieron las ramas jóvenes de tantos seminaristas y sacerdotes que, en el verano de 1936 y gran parte de ellos en la tierra de su fundador, derramaron su sangre al grito de «¡viva el Corazón de María!». Como las de Claret, sus actitudes sólidas nos desarmen y nos estimulan en estos tiempos líquidos. Ellos nos enseñan hoy a anteponer el testimonio de la fe por encima de consideraciones políticas, culturales o territoriales. Nos impulsan a crear puentes de reconciliación y, por encima de todo, nos fortalecen en la esperanza de que su testimonio no sólo sea semilla de nuevas generaciones de jóvenes cristianos, sino fruto maduro de una sociedad fundada en la libertad, la tolerancia y la búsqueda del bien común.

CARLOS MARTÍNEZ OLIVERAS ES DIRECTOR DEL INSTITUTO TEOLÓGICO DE VIDA RELIGIOSA



GABRIEL ALBIAC

LA DERROTA DEL VENCEDOR

Un enemigo vencido y no desarmado es vaticinio de derrota para los ilusorios vencedores

EN el rigor de la correlación de fuerzas, ninguna oportunidad tenían los golpistas catalanes de ganar su partida en 2017. Un golpe de Estado –eso habían planificado durante largos años– sólo puede triunfar sobre dos supuestos: hegemonía ideológica y superioridad armada. Cuando uno de ambos falla, aventurarse en la ofensiva final es sinónimo de suicidio.

Hasta un niño sabe eso. Y los gestores del golpe de Estado en Cataluña nada tenían de infantiles. Tampoco, de improvisadores. Los aspectos financieros e institucionales habían sido preparados durante decenios por una casta política tan hábil cuanto corrupta. No deja de tener su gracia que el movimiento más reaccionario de la España contemporánea, el del Jordi Pujol de Banca Catalana, haya sabido poner en juego el axioma revolucionario de Lenin: «El proletariado comprará a los burgueses la soga con la que colgarlos». Y que haya mejorado tanto su rentabilidad: «La nación española pagará la soga con la que los independentistas catalanes la colgaremos».

A lo largo de décadas, los presupuestos generales de España han pagado la reduplicación del Estado en Cataluña. Hasta llegar a ese día –hace un año– en el que, en Cataluña, existían dos administraciones públicas, idénticas y superpuestas; reduplicadas, pues, todas y cada una de sus funciones. Una de las dos era excedente y procedía amputarla. A eso, llamaron los independentistas «desconexión»: limpieza de una excrecencia residual. Era la novedosa hipótesis de un golpe de Estado que triunfara sin disparar un tiro. No existe precedente histórico de eso.

¿Era verosímil? Sólo en la hipótesis de una completa deslegitimación del Estado. Para que un Estado imponga su monopolio de la fuerza como *ultima ratio* de la ley, se requiere que ese Estado se sepa incuestionablemente legítimo. Mas, Puigdemont y los suyos veían a España como un Estado fallido. Lo bastante fallido como para haberles regalado todo cuanto dinero le exigieron; y todos cuantos privilegios se les antojaron. Un Estado así no se atrevería a defenderse con las armas, como sí lo hizo la Segunda República. Llegados a esa convicción, el golpe era inevitable.

¿Qué ha sucedido luego? Como siempre, la aplicación es menos limpia que la teoría. El golpe fracasó, cuando el jefe del Estado apostó por una firmeza que nadie parecía haber previsto. Pero fracasó también la represión del golpe por parte del poder legítimo. En vez de suprimir la autonomía y proceder a la depuración de la «doble administración», el inseguro Gobierno español propició la fuga del jefe de los golpistas, dejó en manos de sus fámulos la televisión local, limitó hasta el ridículo los recortes que debían imponerse a la máquina del poder rebelde... Y los derrotados golpistas pudieron blindarse, a la espera de tiempos mejores.

Enseña Clausewitz que no hay victoria hasta que el enemigo no haya sido por completo desarmado. Un enemigo vencido y no desarmado es vaticinio de derrota para los ilusorios vencedores. En eso estamos.